

Heráldica para tocayos

Hablar de memes y semiótica es meterse en camisa de once varas: son asuntos que dan mucha tela de dónde cortar y que, aunque parezcan propios de académicos y estudiosos trasnochados, nos conciernen a todos, sobre todo desde la perspectiva del consumismo en el que vivimos sumidos (se recomienda discreción a los fans de shein, miniso y Temu). «Las cosas que posees terminan poseyéndote», decía Tyler Durden, y para muestra basta un botón.

Los nostálgicos cuautitlecos recordarán aquella célebre frase que un viejo expresidente municipal, Juan Monroy —que en paz descanse—, solía pronunciar eufórico durante sus arranques de adrenalina política: «Yo no soy de Cuautitlán... Cuautitlán es mío». Y cuánta razón tenía, aunque quizá no de la manera en que él imaginaba. Durante buena parte de nuestra historia, los gobernantes de las viejas andanzas, inspirados por el caudillismo militar, terminaron mezclándose con la nueva estirpe de los “licenciados”, surgida conforme la clase castrense perdía terreno en el poder. Cambiaron los uniformes por los trajes, las charreteras por los títulos universitarios y los caballos por camionetas municipales, pero conservaron la vieja costumbre de confundir el servicio público con la propiedad privada.

Todo esto terminó formando parte de un sentido de identidad que también puede adquirirse y transmitirse mediante memes. Sí, querido lector, leyó usted bien: mediante memes. Porque los memes no comenzaron con las imágenes de Piolín enviadas por las tías ni con los gatitos rezándole a Diosito. Han acompañado al ser humano prácticamente desde que comenzamos a imitar conductas, repetir historias y transmitir ideas.

El biólogo británico Richard Dawkins popularizó el término «meme» para referirse a una unidad de transmisión cultural: una idea, costumbre, frase, melodía o comportamiento que pasa de una persona a otra, se reproduce, se transforma y compite por sobrevivir. Así funcionan los memes: se alojan en nuestra memoria, se adaptan a cada generación y se propagan sin filtros éticos, pues no distinguen entre lo verdadero y lo falso, lo benéfico y lo perjudicial (ni del PRI ni del PAN, ni del Atlante o el Necaxa). Su comportamiento se asemeja al de un virus: buscan nuevos huéspedes, se reproducen y encuentran en los sentimientos de pertenencia un terreno particularmente fértil.

Aquí entra en escena la semiótica, es decir, el estudio de los signos y de la manera en que construimos significados. Una imagen aparentemente sencilla puede contener siglos de historia, creencias, disputas y emociones. Algunos símbolos llegan a adquirir tanta fuerza que provocan que sus portadores actúen, se agrupen, se enfrenten o defiendan una idea incluso sin comprender del todo su origen. El signo deja entonces de ser un simple dibujo y se convierte en una presencia capaz de influir sobre quien lo adopta.

Pensemos, por ejemplo, en la cruz cristiana. Vista únicamente desde su forma material, representa un instrumento de tortura y ejecución utilizado por los romanos contra esclavos, rebeldes, y enemigos del poder (un equivalente actual a los deudores del Elektra). Sin embargo, la historia la recontextualizó hasta convertirla en el símbolo del sacrificio de Jesús de Nazaret para redimir los pecados de la humanidad. Un aparato de muerte terminó transformado en emblema de esperanza, salvación y vida eterna.

Algo semejante, aunque con significados y consecuencias radicalmente distintos, ocurre con la esvástica apropiada por el nazismo, con las banderas nacionales, con la iconografía religiosa y política, o con los colores y escudos de los equipos de fútbol. Basta con que alguno de estos símbolos sea ultrajado para que ciertas personas reaccionen como si la agresión hubiera sido dirigida contra ellas mismas. El emblema se incorpora a la identidad del individuo; deja de ser algo que posee y termina, como advertía Tyler Durden.

Entre estos símbolos se encuentran también los escudos heráldicos. Están por todas partes: en las monedas, en los edificios públicos, en los documentos oficiales, en las banderas, en los uniformes escolares y hasta en el logotipo de la telenovela de *RBD*. Los contemplamos con frecuencia, aunque pocas veces nos detenemos a pensar qué significan o de dónde surgió aquella costumbre de resumir la historia de una familia, una institución o un pueblo dentro de un pequeño campo repleto de figuras, colores y símbolos.

La heráldica nació en la Europa medieval como una forma práctica de identificar a guerreros, linajes y territorios. En medio de combates donde las armaduras ocultaban el rostro, aquellos emblemas permitían reconocer aliados, enemigos y familias. Con el tiempo dejaron de pertenecer únicamente a caballeros y nobles: los reinos, las ciudades, las instituciones y las comunidades también comenzaron a representar su identidad mediante escudos.

Así, lo que alguna vez sirvió para distinguir a un hombre en el campo de batalla terminó convertido en una especie de retrato colectivo. Cada corona, animal, torre, montaña, planta o herramienta fue colocada para decir algo sobre el origen, las aspiraciones o las riquezas de una comunidad, aunque también para fabricar una versión solemne —y en ocasiones bastante conveniente— de su propia historia.

En la actualidad, los países, los estados y los municipios conservan esta tradición. Algunos poseen escudos heredados de siglos anteriores; otros fueron creados recientemente y mezclan símbolos indígenas, elementos coloniales, paisajes, actividades económicas y episodios históricos. Más que simples adornos oficiales, estos emblemas son relatos condensados: pequeñas estampas que intentan explicar quiénes somos, de dónde venimos y, algunas veces, cómo queremos que los demás nos recuerden.

México, desde luego, no es la excepción. Los escudos heráldicos aparecen en cada uno de sus estados y también en buena parte de sus municipios.

En esta ocasión vamos a detenernos en los escudos de nuestros tocayos: los distintos Cuautitlanes que existen en el país. Dejaremos fuera a Cuautitlán del Parral, pues al no contar actualmente con la categoría de municipio, tampoco posee un escudo municipal propiamente dicho.

Hecha esta aclaración, comenzamos el recorrido con nuestro primer tocayo:



Escudo del municipio de Cuautitlán de García Barragán, Jalisco

El escudo de Cuautitlán de García Barragán, Jalisco, posee la tradicional forma española y está dividido en cuatro cuarteles, con un pequeño escusón colocado al centro. Como ocurre con muchos emblemas municipales, en su interior se intentó acomodar buena parte de la historia, la geografía, las creencias y hasta las actividades económicas de la población; todo dentro de un espacio en el que, ciertamente, no sobra lugar.

En el primer cuartel aparecen representadas la agricultura y la ganadería, actividades que durante años han sostenido la economía del municipio. Cerca de ellas se observa un croquis estilizado en color verde, correspondiente al diseño arquitectónico del jardín principal de la cabecera municipal. También figura una planta de maíz perenne, especie endémica de la región y uno de los elementos naturales más particulares de estas tierras.

La torre del templo de Nuestra Señora de la Natividad alude la importancia de la religión en la vida cotidiana de sus habitantes. No podía faltar el edificio religioso, pues en buena parte de los escudos municipales mexicanos la iglesia aparece como el mero mero testigo de la fundación (y también caída de los altépetl y culturas precuahtémicas de todo el país), centro de reunión y referencia inevitable del paisaje.

En el cuartel inferior izquierdo se despliega un paisaje que representa la riqueza natural del territorio, localizado en las cercanías de la Sierra de Manantlán. En esta zona sobreviven bosques poblados por pinos, ocotes, oyameles, encinos y cedros blancos; una variedad vegetal suficiente para demostrar que este Cuautitlán sigue honrando su nombre, desde tiempos antiguos, a la abundancia de árboles.

En el escusón central aparece precisamente el jeroglífico asociado con el vocablo náhuatl del que deriva el nombre del municipio. Cuautitlán.

Coronando el conjunto se encuentra un yelmo, elemento que alude a la pertenencia del municipio al estado de Jalisco, cuyo escudo también ostenta un adorno semejante. En la parte superior de la bordura puede leerse la inscripción «H. Ayuntamiento de Cuautitlán», mientras que bajo la punta del escudo se extiende una cinta con la frase «De García Barragán».

Este añadido completa el nombre oficial del municipio y rinde homenaje al general Marcelino García Barragán, gobernador de Jalisco entre 1943 y 1947 y, posteriormente, secretario de la Defensa Nacional durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, cargo que ocupaba en el contexto de la matanza de Tlatelolco de 1968 y que también se relaciona con los acontecimientos conocidos como el Halconazo de 1971. De este modo, el antiguo nombre indígena quedó unido al apellido de un militar y político del siglo XX, una combinación frecuente en la geografía mexicana, donde la memoria prehispánica suele

convivir con referencias a figuras destacadas de la historia nacional (y sin filtros, ya lo vimos).

En el extremo derecho aparece la Bandera Nacional. Del lado izquierdo, los adornos exteriores están formados por un arco, una flecha y un mazo, objetos que simbolizan a los pueblos indígenas que habitaron estas tierras antes de la llegada de los españoles.

No se conoce con certeza quién diseñó el escudo ni se conserva un registro preciso de la fecha en que fue aprobado. Por sus características gráficas, parece haber sido elaborado mediante alguno de los programas de diseño disponibles a principios de la década de 1990. Se sabe, sin embargo, que comenzó a utilizarse entre 1992 y 1993 como emblema oficial del municipio. Así, aunque su apariencia busca evocar tiempos remotos, se trata de un escudo relativamente reciente, construido a partir de elementos de la naturaleza, la religión, la economía, la identidad indígena y la historia política para condensar, en una sola imagen, una representación de la comunidad y de la identidad de los habitantes de este Cuautitlán.

Escudo del municipio de Cuautitlán Izcalli, Estado de México

El escudo municipal nace de una figura triangular de color rojo, con las puntas redondeadas y una abertura en el centro de cada uno de sus lados. Su forma simboliza la unión de los tres municipios (a la de agüevo) que dieron origen a Cuautitlán Izcalli: Cuautitlán, Tepotzotlán y Tultitlán. En el corazón del triángulo se encuentra un círculo blanco, del cual parten tres ramificaciones que se extienden hacia cada uno de sus lados, reforzando la idea de encuentro y unidad territorial. Dentro de esta composición se entrelazan dos letras: una «C» de color verde y una «I» de color negro, que, al integrarse en una sola imagen, forman las iniciales de Cuautitlán Izcalli... posee un estilo gráfico industrial, muy técnico.



Escudo del municipio de Cuautitlán, México (el cocolero)

Y finalmente mostramos el nuestro, no sin cierta vergüenza, pues resulta inevitable pensar que parece un fan art del topónimo de la *Matrícula de Tributos*, realizado para alguno de aquellos concursos sabatinos de dibujo en televisión abierta, en pleno horario familiar, cuando *Los Caballeros del Zodiaco* eran hit en Caritele.

El nombre de nuestro terruño, sin embargo, parece haberse convertido con el paso del tiempo en una especie de recuerdo. El crecimiento industrial, la llegada de nuevos habitantes y la urbanización desmedida fueron reduciendo buena parte de aquella vegetación que alguna vez justificó plenamente que este territorio fuera llamado “el lugar entre los árboles”.

El escudo que circula en diversos medios sociodigitales es, en realidad, una remezcla del topónimo asociado con esta tierra desde tiempos precuauhtémicos. Su representación original quedó plasmada en distintos *amoxtili*, aunque la versión más conocida es la que aparece en la lámina 8 de la *Matrícula de Tributos*, incorporada al *Código Mendoza*. Sin embargo, el diseño actual se encuentra invertido respecto del original: el rostro de Tlazoltéotl, que originalmente mira hacia la izquierda, aparece dirigido hacia la derecha. También presenta una paleta distinta, dominada por tonos marrones, además de varias omisiones y modificaciones.

El topónimo original de Cuautitlán representa un árbol de tronco café, del cual brotan ramas y follaje verde. Sobre el tronco aparece una hilera de dientes. Esta combinación responde a una escritura de carácter fonético: el árbol representa *cuáhuatl*, mientras que los dientes, llamados *tlantli* en náhuatl, expresan la terminación locativa *tlan*.

En honor a la verdad, digamos las cosas como son: el resultado es demasiado *naíf*; gacho, pues. Y entonces surge una pregunta inevitable: ¿realmente necesitamos un escudo heráldico cuando ya poseemos un topónimo precuauhtémico auténtico, creado por aquellos legendarios tlacuilos?



A pesar de los pesares, se emprendió la tarea de diseñar una nueva propuesta que hiciera justicia al enorme peso histórico del Cuautitlán original. Estas fueron algunas de las opciones presentadas y posteriormente rechazadas por el cuerpo edilicio de Cuautitlán. Sin embargo, cumplían tanto una función práctica como estética y, aunque no fueron aprobadas, permanecen como antecedente de aquel intento por dotar al municipio de una imagen más digna de su historia.

Opción 1.



Se realizaron dos propuestas, una más saturada de elementos que la otra a petición de secretaria de ayuntamiento, una que captara más el pasado mestizo y sincretismo del municipio, sin deformar mucho la estructura de base.

Justificación:

El escudo de armas de Huehucuahtitlan se compone de un campo con la forma clásica de un escudo, símbolo de resguardo y protección, dentro del cual se reúnen la memoria histórica, el paisaje y la identidad del antiguo Cuautitlán.

Como timbre se coloca el busto de un guerrero águila, que evoca a los antiguos guerreros chichimecas y representa el valor, la disciplina y la defensa del *altépetl*. Su presencia alude al papel de Cuautitlán como aliado militar estratégico del *altépetl* tenochca y recuerda la

participación de sus habitantes en las campañas de la guerra sagrada. El nombre náhuatl de la localidad, Huehucuahtitlan, remite al antiguo asentamiento precuahtémico y a la continuidad histórica del pueblo.

En el centro del escudo se encuentra un disco circular a manera de *chimalli*, en cuyo interior se representa el topónimo de Cuautitlán, retomado de la *Matrícula de Tributos* del *Códice Mendoza*. Se trata de la figura arborescente característica de dicho glifo, que remite al significado náhuatl del nombre y a la raíz toponímica indígena del pueblo, subrayando su procedencia estrictamente codicográfica. El círculo está rodeado por puntas que evocan tanto rayos solares como plumas de guerra, enlazando la tradición de los *chimalli* mexicas con la idea de protección y resguardo comunitario.

En el flanco izquierdo del escudo se dispone una representación sintetizada de la cruz atrial de Cuautitlán, rematada por plumas en forma de flor de lis. Sobre ella se posa una corona de espinas y, en la base, aparece un cráneo. Estos elementos remiten a la Pasión de Cristo y al monte Calvario, pero también proponen una lectura crítica del calvario vivido por los naturales durante la evangelización y el brutal proceso de sincretismo religioso.

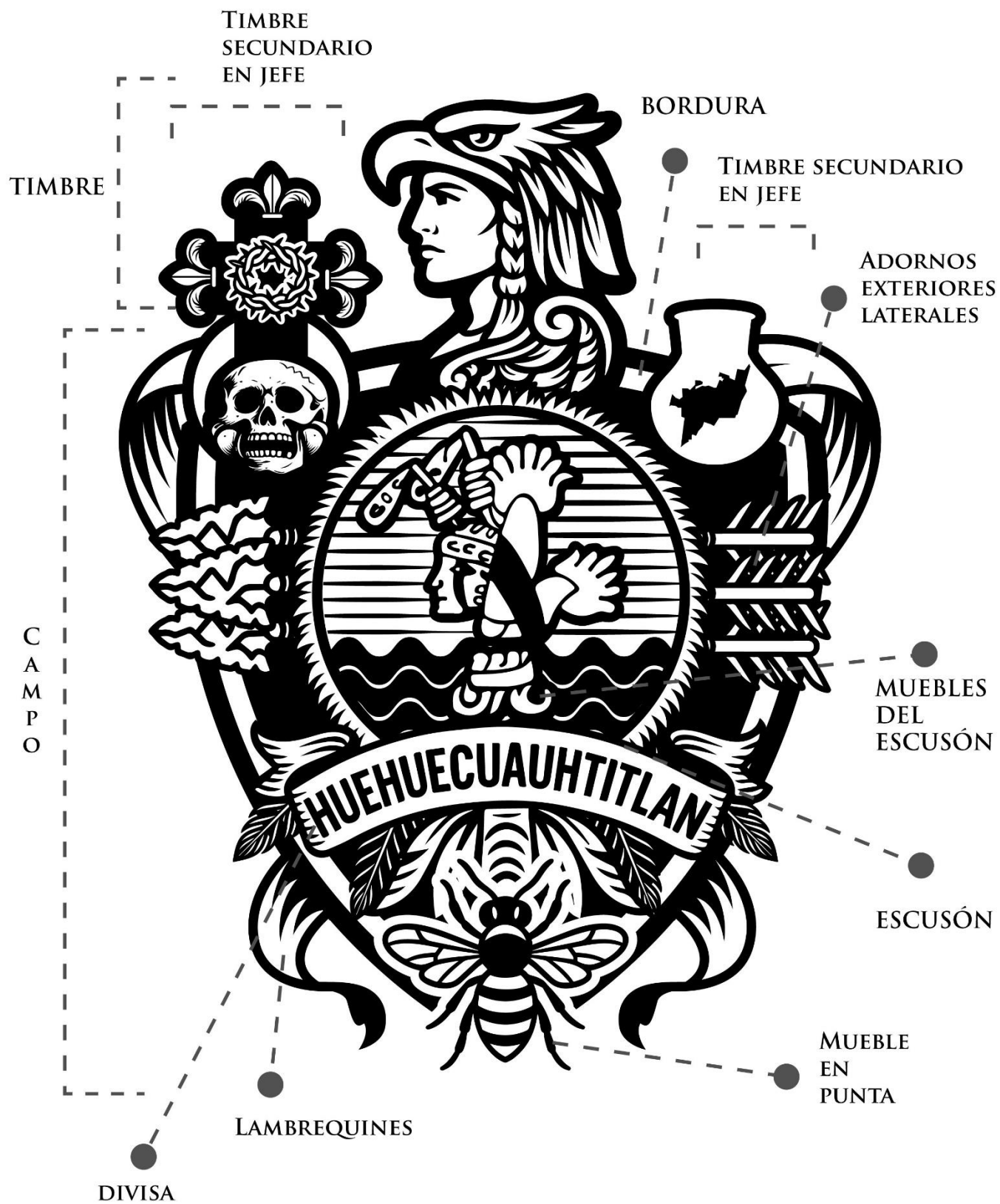
La cruz atrial recuerda el antiguo atrio franciscano y el proceso de catequesis masiva; las plumas en forma de flor de lis establecen un diálogo entre la herencia indígena y la imposición de nuevos símbolos, mientras que la corona de espinas y el cráneo resignifican el sacrificio, la muerte y la memoria de los pueblos originarios.

En el costado derecho aparece una vasija que alude al antiguo esplendor alfarero de Cuautitlán, cuyos artesanos fueron reconocidos en todo el mundo mesoamericano por la calidad de sus piezas. Dentro de ella se recorta la silueta de los límites territoriales actuales del municipio, enlazando así el pasado prehispánico con la configuración política contemporánea y recordando que el territorio continúa siendo el espacio de lucha, trabajo y pertenencia de sus habitantes.

En la parte inferior, un listón ondeante con la leyenda «HUEHUECUAUHTITLAN» nombra al lugar en su forma náhuatl original, recuperando la memoria del *altépetl* precuahtémico y vinculando el presente con sus raíces.

Finalmente, al pie del escudo se coloca una abeja, retomada del escudo del Estado de México y del antiguo distrito de Cuautitlán. Este insecto simboliza el trabajo colectivo, la organización comunitaria y la constancia laboriosa de sus habitantes, quienes, como una colmena, sostienen y defienden su territorio.

OPCIÓN 2.



A manera de conclusión

Al final de este recorrido regresamos al punto de partida: los memes, la semiótica y esa extraña capacidad humana de depositar emociones, recuerdos y lealtades en una imagen. Un escudo municipal no deja de ser una especie de meme institucional: una composición que se reproduce en documentos, fachadas, uniformes, publicaciones y ceremonias hasta instalarse en la memoria colectiva. Su repetición termina por volverlo familiar y, con el tiempo, puede hacernos sentir que siempre estuvo ahí, aunque haya sido creado apenas hace unas décadas o incluso haya surgido de una ocurrencia administrativa.

Desde la semiótica, ninguno de sus elementos es inocente. Un árbol puede representar el nombre de un pueblo, pero también una naturaleza desaparecida; una iglesia puede hablar de fe, aunque también de conquista y transformación cultural; un guerrero puede encarnar valentía, pero igualmente una versión idealizada del pasado. Cada figura selecciona una parte de la historia y deja otras fuera. Por eso los escudos no solamente representan a una comunidad: también nos dicen quién tuvo la oportunidad de decidir cómo debía ser representada.

El sentido de pertenencia comienza cuando las personas reconocen algo propio dentro de esos signos. No basta con colocar un emblema en la papelería oficial ni repetirlo hasta el cansancio en las redes sociodigitales. Para que un escudo tenga vida debe ser comprendido, discutido, apropiado y hasta cuestionado por la comunidad. De otro modo, corre el riesgo de convertirse en un dibujo vacío, tan solemne como ajeno, condenado a decorar mamparas mientras nadie sabe realmente qué significa.

Los escudos de nuestros tocayos muestran distintas maneras de imaginar un territorio. Cuautitlán de García Barragán reunió su naturaleza, sus actividades económicas, su religiosidad y su historia política dentro de una composición tradicional. Cuautitlán Izcalli eligió un lenguaje moderno, geométrico e industrial, acorde con la idea de una ciudad planificada. El Cuautitlán cocolero, en cambio, heredó una remezcla poco afortunada de un topónimo mucho más antiguo, cuyo valor histórico y simbólico supera por mucho a varias de sus adaptaciones contemporáneas.

De ahí que la discusión no consista solamente en decidir si necesitamos o no un nuevo escudo. La verdadera pregunta es qué historia deseamos transmitir y qué símbolos queremos entregar a las generaciones futuras. Porque un emblema también puede funcionar como una cápsula de memoria: viaja de persona en persona, se adapta, cambia de significado y sobrevive mientras encuentre una comunidad dispuesta a reconocerse en él.

Quizá allí radique la fuerza de la heráldica. No en las coronas, los yelmos ni los adornos rimbombantes, sino en su capacidad para condensar la memoria y convertirla en pertenencia. Un pueblo también existe en los signos que comparte. Y cuando esos signos consiguen nombrar su historia, sus contradicciones y sus aspiraciones, dejan de ser simples dibujos para convertirse en algo que ya no solamente nos pertenece: también forma parte de lo que somos.

Eduardo Salvatori, cronista municipal.